

MATÍAS

Aquella noche la pasó muy mal. Continuas pesadillas removieron su cuerpo de un lado a otro de la cama y sudó más de la cuenta. Fue al baño hasta tres veces para soltar largas meadas. No recordaba haber bebido tanta agua pero sí que se sentía ahogado en un mar de miedos. Creía dormir pero no dormía. Creía estar despierto y se hundía en sueños feroces y desagradables. No entendía qué le estaba ocurriendo.

Sonó el despertador. Se levantó de la cama y sin entender cómo, era el hombre más feliz del mundo. Besó a su mujer, corrió hacia el baño, cantó a gritos bajo la ducha, se secó con brío todos los rincones del cuerpo y examinó minucioso la blancura de sus dientes enfilados e impecables. En la cocina, vio rayos de sol salpicando con brillos anaranjados los armarios metálicos, iluminando con un extraño resplandor la maceta de flores amarillas. Cogió una y la colocó en la solapa de la chaqueta. Todo parecía perfecto. Hasta la persistente gota que cada 10 segundos caía mansa del grifo del fregadero, ese *ploc* tan peculiar y familiar, le hacía sentir equilibrado y en forma.

Con ese ánimo, Matías salió de casa hacia su puesto de trabajo: administrativo en las oficinas centrales de un importante banco nacional. Paseó por las calles en volandas, como elevado unos muy escasos milímetros. A veces, hasta pegaba saltitos y parecía bailar, otras alzaba los brazos y la cartera hacia el cielo deseando completarse con el vigor que proporcionaba el sol.

Entró en la fría recepción del banco. Tomó una buena bocanada de aire mostrando una amplia sonrisa y saludando a un lado y a otro. Ofreció la flor de su chaqueta a la primera compañera que se cruzó por el pasillo. El resto de mujeres de la oficina lo observaban contentas y de reojo. Matías era indudablemente guapo. A los ojos azules había que unir un rostro aniñado y un flequillo moreno que balanceaba sobre la frente a cámara lenta. Los hombres sencillamente pasaban de él. ¡Otro de sus días!, comentó alguno.

Matías se sentó frente a la mesa de trabajo donde le esperaban la montaña de papeles, la pantalla del ordenador y el teclado, algunos post-it con tareas y una foto de su mujer. Decidido a iniciar su tarea diaria, vio a Rosario, la secretaria del jefe, acercarse lenta a su mesa. Embutida en una falda estrecha hasta las rodillas y con unos zapatos de aguja, caminaba a pequeños pasos, como una servil geisha. Matías se sintió

escudriñado, incómodo por su típico gesto altivo y frío, arqueando la ceja izquierda y enseñando morritos; aunque más bien parecía no querer expresar nada, tan solo aburrimiento. Rosario acomodó las redondas nalgas sobre la mesa y dejó caer el cuerpo con un leve suspiro. Los labios pintados de rojo rozaron la oreja de Matías:

—Villagarcía —susurró Rosario—, el jefe,... le espera en su despacho.

Giró coqueta y retomó el camino por donde había venido. Dejó caer un guiño mal disimulado y Matías comenzó a mudar de color. Rojo, luego blanco, luego rojo, luego blanco. Tardó más de un minuto en reaccionar. Villagarcía a primera hora de la mañana no podía traer nada bueno. Carmen, José Luis, Paco, Félix y Marisa, ya habían pasado por esa experiencia y ahora estaban en paro. No puede ser, se dijo, no me puede tocar a mí. 15 años de antigüedad en la empresa. Nunca causó problema alguno. Ni siquiera estaba afiliado al sindicato, lo que le valió el desprecio de una buena parte de sus compañeros. Incluso fue de los pocos administrativos que no hicieron huelga por la subida salarial dos años atrás. Solo había enfermado en un par de ocasiones y recuperó el tiempo perdido haciendo horas extras que en modo alguno obligó a la empresa que le pagaran. Era un hijo de la entidad, nacido para trabajar y dar lo mejor de su vida en aquel lugar. Estaba seguro de que, aunque su puesto era uno más entre los cincuenta que conformaban la plantilla de administración, era absolutamente necesario para que aquello funcionara. Creía que el banco se echaría a perder si algún día prescindían de sus servicios. No podía dejar su importante labor en manos de otro o que mal repartieran su trabajo entre algunos de los inútiles que pululaban por las oficinas.

Nervioso se levantó del asiento y enfiló al despacho de Villagarcía. Perdió la sonrisa entre los papeles del escritorio. El flequillo saltarín, pareció llenarse de grasa y quedó pegado a la frente. Sintió como si calzara zapatones de buzo del siglo XIX. Tenía ganas de huir, de no enfrentarse a la realidad, de dar marcha atrás en su vida y recuperar solo los mejores momentos. No quería un eventual despido, y más, en un momento donde la palabra crisis parecía inundarlo todo: periódico, telediarios, conversaciones en los bares, en la radio. Lo comentaba a menudo con su mujer que tampoco pasaba por un buen momento en su trabajo. No quería ser un fracasado más de esta sociedad a la que él había servido con rigor y disciplina. Cumplía, siempre, con los plazos, exigencias, deberes y pagos con Hacienda. Era el tipo más íntegro y más normal de la tierra: equilibrado, ponderado, atento y refrenado hasta decir basta. Y ahora se encontraba aquí, frente a la puerta del jefe para recibir un mensaje: ¿desolador?

—Adelante, pase, pase —dijo Villagarcía.

Entró con la cabeza agachada, en actitud de derrota. Sus pies seguían pesando. Se colocó frente a la mesa esperando la orden de sentarse del señor Villagarcía que de pie lo escrutaba con una ligera mirada de reojo.

—Por favor, Martínez, tome asiento. No se quede de pie. Siéntese cómodamente, como si fuera su casa, aunque ya sabemos que este es su hogar desde hace ya... ¿cuántos años Martínez?

—Quince años, quince años —repitió Matías sin dejar de mirar al suelo.

Villagarcía se movía inquieto de un lado a otro de la mesa. Sostenía un cigarrillo sin encender que golpeaba insistentemente sobre una pitillera plateada. Matías se extrañó. Era bien sabido que allí no podían fumar ni los jefes.

—¡Estupendo!, Martínez... ¡Ejem! —carraspeó Villagarcía—. Le he hecho llamar porque tengo que decirle algo de suma importancia. No es fácil para mí abordar asuntos de éste calibre. Son temas especialmente delicados que nos ponen en apuros a personas como usted y como yo, que tantos años llevamos dedicados al bien de nuestra sociedad bancaria.

Villagarcía dejó caer una ligera gota de sudor que recorrió parte de la sien derecha.

—Sepa usted que le considero un hijo, un pilar esencial de este negocio que tenemos entre manos unas cuantas ilustres personas de este país. Sí, Martínez, nosotros somos la avanzadilla que desarrollamos el sistema por el bien de los ciudadanos. Quitamos, ponemos, pedimos, prestamos, y trabajamos para nuestra comunidad hasta donde llega el límite de nuestras fuerzas. Eso sí, siempre con un beneficio justo que volveremos a reinvertir en ustedes nuestro querido y amado pueblo español. Así funcionan las cosas y así funcionarán siempre... En fin, no quiero dar más rodeos. Está aquí porque quiero comunicarle una cosa, quiero hacerle partícipe de una situación... ¡extraordinaria!... como ya le he dicho.

La breve pausa y el temblor que notó en la voz de Villagarcía, despejó momentáneamente a Matías del sopor depresivo. Alzó la mirada y examinó al jefe, mirándole directamente a los ojos. Villagarcía apartó la mirada, azorado, terriblemente avergonzado.

—Bueno, en fin, quiero notificarle algo que deseo escuche de mi boca y no de chismorreos que puedan tener lugar aquí y allí. Sabe usted como va la gente de sobrada

hoy en día para manipular todo tipo de información de la manera más vil y en busca del beneficio propio.

Matías volvió a bajar la cabeza.

—Me gustaría decirle que, y sintiéndolo mucho de antemano, eh, espero que se moleste lo menos posible, ... pues ... que he tenido una aventura con su mujer —dijo finalmente Villagarcía elevando el tono de voz y con la frente bien alta—. Sí, lo siento. Me he acostado con su mujer. Ocurrió exactamente hace dos semanas y francamente no sé cómo pudo pasar.

Matías levantó la cabeza y miró extrañado. Villagarcía aceleró su discurso.

—Usted sabe cómo son estas cosas. Bueno, por si no lo sabe, yo se lo contaré. “Los hombres y nuestras debilidades”, dicen por ahí. El alcohol, las mujeres, el dinero, el exceso, pecados que a veces nos hacen pisar terrenos resbaladizos y peligrosos. La cabeza se va, se pierde en pensamientos impuros, en actos que pueden destrozar la vida y la familia de cualquiera. Para mí, fue un desliz sin mayor importancia que estoy seguro, no volverá a ocurrir. La vergüenza se apodera de mí en estos instantes porque soy hombre casado como usted, pero como siempre voy con la verdad por delante, no he tenido más remedio que confesar antes de que se enterara por canales diferentes que pudieran hacer que usted se dejara llevar por mecanismos indeseables de venganza cruel y despiadada contra mi persona o contra su mujer. He cometido una falta... grave, muy grave; pero falta al fin y al cabo y aquí estoy para pedirle mil disculpas y asegurarle que el hecho acaecido no volverá a tener lugar en ningún caso, como ya le he dicho anteriormente. ¡No, nunca jamás! Será un pequeño secreto que quedará entre nosotros tres. Lo que digan por ahí: ¡Todo falso! Y para que vea que soy hombre de buena fe, he decidido otorgarle un pequeño, pero suculento aumento de sueldo de 100 euros más al mes que verá reflejado en su nómina el próximo mes.

Matías se levantó de un salto de la silla haciendo que Villagarcía diera asustado un paso hacia atrás colocándose en posición de guardia.

—Pero... ¿y el despido? ¿No va usted a despedirme? —dijo Matías en tono jocoso, casi con lágrimas de alegría.

—¿Yo? ¿Despedirle a usted? ¿Y por qué iba yo a hacer tal cosa? ¿Se ha vuelto loco? ¿Estúpido? —dijo Villagarcía visiblemente enfadado—. Usted, Martínez, es la columna, el sostén, la base de ésta entidad bancaria. En modo alguno nos desharíamos de sus enormes y provechosos servicios. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Matías sonrió abiertamente y exhaló profundamente.

—Venga, Martínez, deje de divagar, no se disperse más, llevamos más de cinco minutos perdidos de su productividad. Corra a su puesto de trabajo, enseguida le enviaré a Rosario para que clasifique unos importantes documentos que acaban de llegar. Dése prisa, adiós, hasta luego, au revoir.

Salió ligero como una pluma del despacho del jefe y creyó volar hasta el asiento de su mesa. La alegría le desbordaba. Parecía haber dejado 100 kilos de ansiedad y depresión en el despacho de Villagarcía y tenía que asirse a los bordes de las mesas de otros compañeros para no salir flotando como un globo de helio. Nada más tomar asiento, sacó el teléfono móvil y llamó nervioso a su mujer que en ese momento se encontraba al volante del coche, parada ante un semáforo.

—¡Rosa, Rosa, hola, Rosa! —gritaba inquieto.

—Sí, Mati, dime, te oigo, es que estoy parada con el coche ante un semá...

—¿A qué no sabes con quién acabo de hablar Rosa?

—No, cariño, ¿con quién? No tengo ni idea.

Los ojos de Matías se encendieron.

—Con el jefe. Con Villagarcía —soltó rotundo.

Al otro lado de la línea se hizo un breve silencio.

—Ah, Villagarcía. Tu jefe.

—Sí, mi amor, el jefe, el jefazo, el sinvergüenza que lleva más de cinco años sin aumentarme el sueldo, el que me hace trabajar más que a ningún otro compañero. Ese personaje. Hoy he decidido acabar con todo eso, y me he plantado en su despacho haciéndole saber que, o cambiaba la situación notablemente o se acabarían mis descomunales aportaciones de sabiduría y *know how* para nuestro banco. Que si quería podía despedirme, que tenía miles de ofertas para trabajar en otros bancos de la competencia. Que además, poseo informaciones confidenciales que pueden hundir la carrera del más pintado. ¿Y sabes qué me ha dicho?

—No, cariño, ¿Qué te ha dicho? —dijo Rosa asustada.

—Pues que comprende mi postura, que le gusta mi actitud. Con la verdad por delante, con dos cojones. ¡Así me gustan los tíos!, decía, sin complejos ante el jefe. Y me ha prometido hasta 300 euros más al mes —dijo Matías pavoneándose—. Y nos podremos comprar el plasma de 52 pulgadas que tanto estamos deseando. Y veremos

nuestras películas y series favoritas con dolby surround 5.1. Y pasaremos noches inolvidables frente al televisor. ¿No estás contenta Rosa?

—Sí, Matías,... muy contenta —asintió Rosa con preocupación.

—Te dejo, mi amor, que tengo mucho trabajo y además, tengo que volver a hablar con el jefe. Nos vemos luego en casa. Esta noche va a ser muy especial y lo vamos a celebrar por todo lo alto.

Colgó el teléfono. Rosa quedó paralizada con el móvil en la mano y la mirada perdida en la calle atestada de coches. Unos bocinazos la despertaron de sus pensamientos. El semáforo estaba en verde. Dejó el móvil sin apagar sobre el asiento y prosiguió la marcha.

JB 2010